

En el cambiante espejo de las aguas. Literatura y viaje en *El Danubio*, de Claudio Magris

Víctor Manuel Ramos Lemus¹

Resumen: *El Danubio* (1986), del germanista triestino Claudio Magris (n. 1939), está considerada una de las obras paradigmáticas de las nuevas formas de la escritura en que la libertad expresiva se manifiesta en la ruptura de las fronteras entre ficción, testimonio e historia, esenciales al ensayo. Al mismo tiempo, es pionera en la colección de obras que, a partir de la figura del río, reflexionan sobre historia cultural. Escrito en primera persona del singular (forma prototípica del género desde su fundación con Michel de Montaigne, en 1580), y con una concepción de la temporalidad inspirada en Fernand Braudel y su *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949), este libro es un recorrido por el Danubio, desde su nacimiento en la Selva Negra hasta su desembocadura en el Mar Negro. A través de este viaje, el escritor triestino navega no sólo por la superficie, sino también por las aguas profundas y antiguas de las culturas de la Europa Central que el río baña en su travesía. Ahí, se pregunta por la relación de esos territorios con Europa, los avatares históricos de las culturas germánicas, y su relación no sólo con el esplendor de la modernidad (tanto capitalista como su alternativa comunista) y sus constantes flujos y reflujos de civilización y barbarie, sino también con su colapso – lo que se constata en la época histórica en que la obra es pensada: en el vislumbre de la caída del Muro de Berlín y el ocaso de la Unión Soviética. En ese paisaje de renovación, el “yo” que se busca en las aguas turbulentas del Danubio explora al mismo tiempo los límites de la escritura, tanto de la Historia como de la ficción. De esta manera, *El Danubio* renueva la siempre vigorosa tradición germánica de la literatura de viajes.

Palabras-clave: Claudio Magris; *El Danubio*; Viaje y literatura.

Resumo: *Danúbio* (1986), do germanista triestino Claudio Magris (1939-), é considerado uma das obras paradigmáticas das novas formas de escrita em que a liberdade expressiva se manifesta na ruptura das fronteiras entre ficção, testemunho e história, essencial ao ensaio. Ao mesmo tempo, é pioneira na recolha de obras que, com base na figura do rio, refletem sobre a história cultural. Escrito na primeira pessoa do singular (uma forma prototípica do gênero desde sua fundação com Michel de Montaigne em 1580), e com uma concepção de temporalidade inspirada em Fernand Braudel e seu *O Mediterrâneo e o Mundo Mediterrâneo no Tempo de Filipe II* (1949), este livro é uma viagem através do Danúbio, desde sua nascente na Floresta Negra até sua foz no Mar Negro. Através desta viagem, o escritor triestino navega não só na superfície, mas também nas águas profundas e antigas das culturas da Europa Central que o rio banha em sua viagem. Ali, ele se pergunta sobre a relação desses territórios com a Europa, os altos e baixos históricos das culturas germânicas e sua relação não apenas com o esplendor da modernidade (tanto capitalista quanto sua alternativa comunista) e seu constante refluxo e fluxo de civilização e barbárie, mas também com seu colapso – que pode ser visto no período histórico em que a obra é concebida: no vislumbre da queda do Muro de Berlim e do colapso da União Soviética. Nesta paisagem de renovação, o “eu” procurado nas águas turbulentas do Danúbio explora ao mesmo tempo os limites da escrita, tanto da história como da ficção. Desta forma, *Danúbio* renova a sempre vigorosa tradição germânica da literatura de viagens.

Palavras-chave: Claudio Magris; *Danúbio*; viagem e literatura.

¹ Doctorado en Teoría literaria (UFRJ); Profesor de Literaturas Hispánicas (FL/UFRJ). victormlemus@gmail.com.

El tiempo de la historia no fluye en una sola corriente. Tiene capas simultáneas como las hojas de un libro.
Fernand Braudel

1. Introducción: La cultura, el agua, el yo. Navegaciones por *El Danubio*.

A pesar de omnipresente e imprescindible a la vida humana, la cultura siempre ha tratado al agua como algo ajeno e insondable, capaz de revelar verdades profundas, inaccesibles en la esfera de lo cotidiano. Metáfora del movimiento, de lo irreversible, el agua simboliza lo que fluye inexorable, lo que no tiene vuelta atrás, como lo expresan las célebres “Coplas a la muerte de su padre”, del poeta Jorge Manrique, escritas en el siglo XV:

[III]	
Nuestras vidas son los ríos	25
que van a dar en la mar,	
qu' es el morir;	
allí van los señoríos	
derechos a se acabar	30
e consumir;	
allí los ríos caudales,	
allí los otros medianos	
e más chicos;	
allegados, son iguales	35
los que viven por sus manos	
e los ricos. (MANRIQUE, 2004, p. 135.)	

Aunque también lo es de todo lo que posee una alta capacidad de maleabilidad. De acuerdo con el filósofo polaco Zygmunt Bauman, la actual etapa de la modernidad marca el advenimiento de una época en que la inestabilidad se instaura en el seno de la vida cotidiana. Ahí, las identidades se ven obligadas a cambiar constantemente, y lo transitorio se apodera las cosas haciéndolas perder densidad y concreción, y ahora hasta las relaciones más íntimas y personales se ven obligadas a ocurrir contrarreloj: el veredicto del carácter líquido de la vida actual sólo encuentra una formulación apocalíptica a la altura en la celebre frase de Marx y Engels en su *Manifiesto comunista*: “Todo lo que era sólido y estable se desvanece en el aire.” (MARX & ENGELS, 2005, p. 43)

Los fluidos se desplazan con facilidad. “Fluyen”, “se derraman”, “se desbordan”, “salpican”, “se vierten”, “se filtran”, “gotean”, “inundan”, “rocían”, “chorrean”, “manan”, “exudan”; a diferencia de los sólidos, no

es posible detenerlos fácilmente - sortean algunos obstáculos, disuelven otros o se filtran a través de ellos, empapándolos- . Emergen incólumes de sus encuentros con los sólidos, en tanto que estos últimos - si es que siguen siendo sólidos tras el encuentro- sufren un cambio: se humedecen o empapan. [...]

Estas razones justifican que consideremos que la fluidez o la “liquidez” son metáforas adecuadas para aprehender la naturaleza de la fase actual – en muchos aspectos nueva – de la historia de la modernidad, (BAUMAN, 2004, p. 8)

Sin embargo, del mito de Narciso al célebre tratado de Gaston Bachelard, *El agua y los sueños*, pasando por las míticas aguas del Leteo de la memoria y el olvido, este elemento también se presenta como el lugar privilegiado para descubrimientos cruciales para el individuo, que ahí, probablemente, encuentra una verdad tan íntima y profunda que no resiste a la revelación y vuelve a ocultarse, siendo absorbida por las porosidades de un yo fustigado por las exigencias de la inmediatez de lo cotidiano.

Es bajo esos tres aspectos que Claudio Magris, germanista eminente, reflexiona en *El Danubio* sobre las culturas de la Europa central. Fluyendo junto con las aguas, escribe sobre la historia de esa región; a partir de la metáfora del agua, piensa la inestabilidad de la identidad, de sus transformaciones, así como del reflujos que con frecuencia la asola; y es también en la certeza de que, hundiéndose en las corrientes subterráneas, que corren a diversas profundidades y no siempre en las mismas direcciones, se puede indagar en las figuras cambiantes que se componen en la superficie.

Una diversidad de géneros y tradiciones converge en la configuración de una nueva forma narrativa que la literatura conquista para sí: los libros que son al mismo tiempo testimonio, historia cultural, ficción y ensayo, y al ser “literatura de viaje”, discuten de manera rica y compleja una determinada geografía.

A partir de una poética del viaje, se evidencia que escribir es, también, postular una filosofía de la historia: en su caso específico de germanista, preguntarse por la relación entre Mitteleuropa y Europa. Todo esto, desde una perspectiva histórica situada en un momento de crisis intelectual de finales de los años 80.

2. La metáfora del agua como filosofía de la Historia

Por la amplitud de temas abordados y ser, quizá, el primero en hacer una exposición razonada de los hechos, Heródoto es considerarlo el padre de la Historia. Sin embargo, por su metáfora del río que constata el irreversible flujo de las aguas,

Heráclito bien podría ser considerado el padre de la filosofía de la Historia. Si la guerra de versiones muestra que determinar el carácter fidedigno de un hecho es ya problemático, más aún lo es establecer su significación: el polisémico término “sentido” (en el que las nociones de *esencia* y *movimiento* se confunden) ya lo revela. Transparente e insondable como el tiempo, el flujo de las aguas es aquí utilizado como metáfora del movimiento de la historia.

Una de las principales contribuciones de la *Escuela de los Annales*, de la que Fernand Braudel fue el principal animador de su segunda generación, es la de haber ampliado el abanico de elementos para reformular la pregunta por el sentido de la historia, considerando desde sus dimensiones “económicas y sociales” (en su primera etapa, bajo influencia de Marc Bloch y Lucien Febvre), hasta los problemas ideológicos, con énfasis en la historia de la cultura y de las ideas y la “historia de las mentalidades” (como se observa en la tercera etapa, con Jacques Le Goff y Pierre Nora a la cabeza). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, obra pionera que toma el agua y una región concreta para reflexionar sobre una determinada formación cultural, fue escrita durante los años 40, en un campo de concentración cercano a Lübeck, Alemania.

“Apoyado en una tablilla que sostiene sobre sus rodillas”, Braudel escribe “de memoria” —sin sus notas de archivo a la mano— su voluminoso trabajo, como “una manera de conservar el ánimo enhiesto, de mantener las esperanzas”. En el proceso de investigación, después de haberse movido por mucho tiempo “en tinieblas, como a tientas”, y de haber visitado “con verdadera alegría todos los países y casi todos los archivos del Mediterráneo”, había terminado por descubrir el quid de su estudio entre finales de 1934 y principios de 1935, cuando consultó los archivos de Dubrovnik (Ragusa), en Yugoslavia. Ahí se le reveló ciertamente, en su más profundo significado, el “Mediterráneo económico” del siglo XVI: “conjunto de tráficos, intercambios, productos, precios y dimensiones de los principales mecanismos económicos” que articularon durante ese siglo, que en realidad se extiende desde 1450 hasta 1650, “la vida del más grande mar de todo el Viejo Continente”. (GAMBOA OJEDA, 1997, p. 35)

Esta monumental obra, decisiva en la interpretación de los orígenes y consolidación del capitalismo, propone una comprensión de la historia considerando tres formas de la temporalidad – que curiosamente recuerdan el flujo de las aguas: “En la superficie, una historia del acontecimiento, que se inscribe en el tiempo corto (...) en medio una historia coyuntural, que sigue un ritmo más lento (...) en lo profundo, una

historia estructural, de larga duración, que tarda siglos.” (BRAUDEL apud GAMBOA OJEDA, 1997, p. 39). Dicho con más detalle:

La historia se sitúa en niveles diferentes, fácilmente diría yo tres niveles, aunque es una manera de hablar, simplificando mucho. En la superficie, una historia evenemencial [sic] se inscribe en el tiempo corto: es una microhistoria. A nivel medio, una historia coyuntural sigue un ritmo más amplio y más lento. Hasta aquí se la ha estudiado, sobre todo, en el plano de la vida material, de los ciclos o interciclos económicos [...] Más allá de este “recitativo” de la coyuntura, la historia estructural o de larga duración trabaja con siglos enteros; la historia estructural se mueve en el límite del movimiento y de la inmovilidad y, mediante sus valores fijos durante largo tiempo, está considerada como invariante en relación a otras historias, más vivas en su discurrir y cumplimiento y que, en suma, gravitan en torno a ella. (BRAUDEL apud CHARTIER, 2005, p. 51)

Está ahí puesto, por lo tanto, el modelo de investigación que, tomando una región marítima o ribereña, la observa como espacio de cultura y la indaga en sus diversas realidades sociales para sacar a la luz las diversas capas que la constituyen, de manera que todo hecho histórico es considerado en los diversos estratos que lo conforman. La riqueza de ese método ha generado discípulos. Bajo ese espíritu, Giovanni Arrighi escribe *El largo siglo XX*, fundamental obra en la que, preguntándose por el capitalismo contemporáneo, se hunde en el pasado de la formación de este sistema económico para entender sus diferentes temporalidades y cómo ellas convergen en los rasgos que lo caracterizan en la actualidad.

El Danubio representa un hito en la serie de libros que se valen de la metáfora del río y del fluir de sus aguas como espacio privilegiado para reflexionar sobre la complejidad de los procesos históricos de una determinada región; indagando en su historia cultural, intenta comprender su *civilización material*. La historia, así, no es sólo económica, política, de guerras, de grandes personajes y efemérides. Lo es también de los objetos menores, de las subjetividades, de aspectos que parecen excluidos de la historia.

Aforista supremo, Augusto Monterroso escribió en *Lo demás es silencio*: “Cuando el río es lento y se cuenta con una buena bicicleta o caballo sí es posible bañarse dos (y hasta tres, de acuerdo con las necesidades higiénicas de cada quién) veces en el mismo río.” (MONTERROSO, 1978, p. 64) Al hacer historia cultural, Magris se hunde en los

diferentes niveles y tiempos de las aguas que cortan el Danubio, y pacientemente indaga en sus objetos.

Claudio Magris, germanista nacido en la frontera con Eslovenia, es un triestino que ha escrito obras en las que reflexiona sobre las culturas de aquello que geográficamente y políticamente se denomina “Mitteleuropa”, es decir, los territorios que en diversos momentos de la historia han estado bajo la órbita alemana. Desde su tesis de doctorado *El mito habsbúrgico de la literatura austriaca moderna* (1963), pasando por *El Danubio* (1986), *Microcosmos* (1997), *El infinito viajar* (2005), incluyendo *Trieste: Una identidad de frontera* (1982), en colaboración con Angelo Ara, se ha dedicado a indagar sobre la historia cultural de esta región.

En *El Danubio*, el carácter relacional impregna la reflexión sobre cada figura o hecho concreto, de manera que, desde el comienzo del libro, los fragmentos mezclan sus aguas, y lo que comienza en su Trieste natal aún se mantiene, diluyéndose, en la incierta frontera del Mar Negro.

¿Dónde nace el Danubio? Desde el comienzo, todo en el río será incierto:

Aquí nace el brazo principal del Danubio, dice aquella placa junto a la fuente del Breg. Pese a esta declaración lapidaria, el plurisecular debate sobre las fuentes del Danubio sigue todavía candente y es incluso responsable de animadas discusiones entre las ciudades de Furtwangen y Donaueschingen. Para complicar las cosas se ha añadido recientemente, además, la atrevida hipótesis sostenida por Amedeo, apreciado sedimentólogo y secreto historiógrafo de errores, según la cual el Danubio nace de un grifo. Sin pretender resumir la milenaria bibliografía sobre el tema, que va desde Hecateo, el predecesor de Herodoto, hasta los fascículos de la revista *Merian* en los quioscos, baste recordar las épocas para las cuales el Danubio tenía unas fuentes tan desconocidas como el Nilo, en cuyas aguas por otra parte se refleja y se confunde, si no *in re*, sí por lo menos *in verbis*, por las comparaciones y paralelismos entre los dos ríos, que se han sucedido durante siglos en los comentarios de los doctos. (MAGRIS, 2003, pp. 16 – 17)

A la manera del discurso sobre las identidades, el carácter equívoco y polémico se encuentra en las narrativas sobre este río que es reivindicado por culturas que han florecido en sus márgenes. Volviendo a la pregunta, establecer que el Danubio fluye de la Selva Negra al Mar negro no explica mucho. Lo más probable es que sea el lugar histórico en el que se posiciona el observador el que explique ese *sentido*. Y ese no sólo está en Trieste (lugar en que la memoria y los afectos moldean la sensibilidad del ensayista), sino en los convulsos 80 del siglo pasado, que es cuando se escribe el libro y

ante cuyo momento histórico se posiciona: ahí se modela la gramática de la mirada, y de ahí se extraen los puntos de vista que figuran en el texto.

3. Una poética del viaje

Este ensayo de Claudio Magris hace parte de los libros en que el viaje se transforma en una metáfora decisiva para entender la cultura. ¿Por qué se viaja? Históricamente, las razones han sido múltiples. Éstas pueden ser “la peregrinación religiosa, la iniciación, el comercio, la exploración, la conquista, la colonización, la ciencia, la diplomacia, la emigración, el exilio, la educación estética, la indagación antropológica, el ocio o la exclusiva apetencia de exotismo.” (COLOMBI, 2002, p. 18)

Tres formas, sin embargo, son pertinentes aquí:

En *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*, publicado en 1839, Charles Darwin relata un viaje de casi cuatro años por América del Sur; en la medida en que las observaciones ahí recogidas le proporcionaron buena parte de sus conocimientos, podría decirse que más que sobre el tiempo y el espacio, ese viaje fue hecho hacia *El origen de las especies* (1859), suerte de *big bang* de la vida en la tierra.

Por su parte, Alexander von Humboldt representa la figura emblemática del viaje de investigación y desencantamiento del mundo – prototípico de la modernidad ilustrada. Su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, extensa obra escrita junto con Aimé Bonpland en el tránsito del XVIII al XX, constituye una ineludible cartografía sobre la geografía humana realizada desde un espíritu humanista e ilustrado.

Al mismo tiempo, precursor de la subjetividad burguesa, Goethe emprende su *Viaje a Italia* entre 1786 y 1788. Tras recorrer Venecia, Ferrara y Florencia, llega a Roma, ciudad que lo hace escribir: “Todos los sueños de mi juventud están ahora vivos ante mí; los primeros grabados que recuerdo –mi padre había colgado en una antesala las vistas de Roma– las veo ahora tal como son en realidad, y todo cuanto conocía desde hacía tiempo por cuadros y dibujos, grabados sobre cobre y madera, modelos de yeso y corcho, se encuentra ahora reunido a mi alrededor.” (GOETHE, 2001, p. 140) Ahí, contribuye a la tradición germánica que buscará en el renacimiento la expresión de continuidad con la cultura europea (célebre es el deslumbramiento que sintió ante Tiziano, el Quirinal, el *Trionfo di Bacco* e *Arianna* de Caracci, la *Transfiguración* de Sanzio, la Capilla Sixtina, el convento de *Sant’Onofrio*, donde está enterrado Torcuato

Tasso...), y, desde el frío de Turingia, verá en la claridad, el calor, las frutas y la naturaleza mediterráneas el triunfo de la vida. Con ese viaje, consolida su visión del romanticismo clasicizante que lo tornará célebre.

En estos tres viajeros, precursores de la sensibilidad burguesa y de la escritura de viajes, es posible sentir el eco de los consejos de Francis Bacon:

Es cosa extraña que en los viajes por mar, donde no puede verse más que mar y cielo, los hombres escriban diarios; pero en viajes por tierra, donde hay tanto que observar, generalmente lo omiten; como si el riesgo fuera más apropiado para registrar que la observación. Que se introduzca por lo tanto el uso de los diarios. (BACON, 1950, p. 9)

Karl Kraus, el escritor que incendió Viena con sus explosivos textos desde el umbral del siglo XX hasta la llegada del nazismo con de su revista “La Antorcha”, a pesar de admirar la riqueza espiritual femenina, que solía elogiar, dijo en un aforismo profundamente misógino: “No hay nada más insondable que la superficialidad de la mujer.” (KRAUS, 2010, p. 19) Para hundirse en lo más profundo de la cultura de la Europa central, Claudio Magris se extiende y se expande por la dilatada superficie del Danubio.

Conviene recordar, siempre, el principio de todo ensayista, de acuerdo como lo fundó Montaigne, quien el 12 de junio de 1580 escribe en la presentación de sus *Essais*: “quiero sólo mostrarme en mi manera de ser sencilla, natural y ordinaria, sin estudio ni artificio, porque soy yo mismo a quien pinto. Mis defectos se reflejarán a lo vivo: mis imperfecciones y mi manera de ser ingenua, en tanto que la reverencia pública lo consienta.” (MONTAIGNE, 1997, p. 31)

De esta manera, el ensayo es, al mismo tiempo que reflexión, una autobiografía intelectual: al escribir sobre “lo otro”, el ensayista escribe sobre “sí mismo”. Al delinear y hacer el recuento de lo que está afuera, el ensayista delinea los contornos de su propio rostro. En ese espíritu, Magris se pone como Magris, empapando su texto con sus datos biográficos, sus lecturas, su historicidad y sus gustos.

El Danubio es la aventura de un viajero que explora, se mueve, quiere conocerlo todo de primera mano, pero también es la de un lector. En *El alma y las formas*, escrito en alemán por el húngaro Georg Lukács, y que frecuentemente es citado en la obra del triestino, puede leerse:

El momento crucial del crítico, el momento de su destino, es, pues, aquel en el cual las cosas devienen formas; el momento en que todos los sentimientos y todas las vivencias que estaban más acá y más allá de la forma reciben una forma, se funden y adensan en forma. Es el instante místico de la unificación de lo externo y lo interno, del alma y de la forma. (LUKÁCS, 1985, p. 25)

El viaje bordeando el río no sólo es para observar “directamente” (ser de cultura, ¿es posible que el ser humano vea algo “a simple vista”, “a ojo desnudo”? Para Platón, conocer es, en realidad, reconocer) aquello sobre lo que se quiere reflexionar, cosa que hacen los testigos –y que frecuentemente es el material de primera mano de la literatura de viajes–, sino para situar geográficamente alguna figura sobre la cual ya ha leído u oído. De esta forma, el libro de Magris es una reflexión en segunda instancia de algo que ya se conoce y circula en la historia o en el imaginario cultural. Por lo tanto, en *El Danubio* se viaja a través de la vasta, compleja, contradictoria y caudalosa geografía de discursos que se han producido sobre las regiones que sus aguas surcan. La civilización material a la que se asoma el lector está determinada por el punto de vista de Claudio Magris, que combina lo observado con las leyendas, la literatura, los libros de historia, en fin, los discursos que le permiten realmente “observar”.

A diferencia de los humanistas de los siglos XVIII y XIX que se colocaban como pura subjetividad, que confiaban en el poder de sus propias impresiones para dotar de sentido lo visto, el libro de Magris, viaje cultural, se posiciona ante los discursos que han contribuido a la formación y consolidación de la cultura danubiana.

A la manera de Humboldt o Goethe, que (yendo más allá de la visión turística del *grand tour*) hicieron del viaje un instrumento para conocer otras geografías, o un elemento central en la formación del hombre burgués (el célebre *Bildungsreise*, cuya expresión literaria más significativa quizá sea *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, de Goethe), o aún del romanista Ottmar Ette, que ve en el viaje la forma privilegiada para entender las “Eras” de la cultura de la modernidad, el libro de Magris, a la sombra de esta vigorosa tradición, se propone reflexionar sobre la historia de esas culturas que enraizaron sus cimientos en las aguas barrosas del extenso Danubio.

4. ¿Mittleuropa o Europa?

Con frecuencia, Claudio Magris es presentado como “escritor europeo” o representante de “la literatura europea”², a pesar de que *El Danubio* se abisma preponderantemente en los países de la Europa central.

Trieste, Eslovenia, Suiza, Alemania, Austria, Eslovaquia, República Checa, Hungría, Croacia, Serbia y otros países balcánicos, Moldavia y Ucrania, no son principalmente nombrados en cuanto tales, sino las ciudades o regiones por donde el Danubio transita, en una atención a lo particular y concreto. El Estado-nación, esa abstracción que el juego político y los intereses económicos que la modernidad capitalista produjo, son entidades fantasmales que en el libro ceden paso a la mirada que se pone sobre una formación cultural que, geográficamente, termina, diluyéndose o mezclándose sin saber exactamente dónde, en algunos charcos que se tornan el Mar Negro. Afirma el autor en las últimas páginas del libro:

El delta, para Sadoveanu, es también una cuenca de pueblos y gentes, como si el Danubio llevara al mar y esparciera a su alrededor, desbordando sobre las riberas, detritus de siglos y de civilización, fragmentos de la historia. Pero estos residuos tienen una vida breve, se arrojan sobre las orillas en la estación de la inundación y desaparecen en el suelo, como las hojas y las demás escorias traídas por el río; las historias del Danubio, dice Sadoveanu, nacen y desaparecen en un soplo, como un charco que se seca. [...] ¿Dónde termina el Danubio? En este incesante acabar no existe final, existe solo un verbo en infinitivo. [...] Me encamino hacia el mar, curioso por ver la desembocadura, por hundir mi mano y mi pie en la mezcla del traspaso o bien por tocar la solución de continuidad, el hipotético punto de disolución. El polvo se convierte en arena, la tierra ya es la duna de la playa, los zapatos se embarran en charcos que tal vez ya son desembocaduras, mínimas bocas torcidas en las que se desangra el Danubio. [...] La atmósfera es bochornosa, tengo sed, alguien me grita algo desde lejos pero no le entiendo, los cerdos siguen hozando alrededor de los grandes pájaros de hierro, el Danubio es el pantano en el que hunden el hocico, y desde ninguna parte desciende al mar el agua clara de la que habla el viejo libro, ¿por qué nuestro viaje tendría que terminar en la nada?, se pregunta un verso de Arghezi. (MAGRIS, pp. 362, 363, 368, 369)

La percepción es tan incierta que el ensayista observa a lo lejos aquello que en la época aún se denominaba Unión Soviética, síntesis arbitraria que comprendía diversidad de pueblos y culturas, y se pregunta si tras las aguas, en esa nebulosa

² Véase el recurrente uso de la fórmula en “Claudio Magris. Entre el Danubio y el mar. Itinerario de un escritor”, de 0’50” a 1’27”, aunque la expresión se repite con mucha frecuencia en este y otros documentos.

distante, no sobreviviría algo del Danubio. Y como de historia cultural se trata, es probable que exista una simbiosis entre el espacio geográfico y el “yo” que ahí se modela:

Al igual que cualquier frontera, incluidas las de nuestro yo, también el Pruth es una línea imaginaria, más allá de la cual la hierba es igual a la que crece en nuestra orilla. Es posible que la cultura danubiana, que parece tan abierta y cosmopolita, eduque también en esta cerrazón y en esta ansia; es una cultura que, durante demasiados siglos, ha estado obsesionada por la contención, por el baluarte contra los turcos, contra los eslavos, contra los demás. (MAGRIS, 2003, p. 359)

No. El libro no aborda preponderantemente la Europa que el “eurocentrismo” ha consolidado. Aquí no están las culturas del mediterráneo ni la herencia grecolatina, cuna de las artes de la oratoria, de la historia o la especulación filosófica. No está el teatro helénico ni el derecho romano, y menos aún el trazado de vías y acueductos que legitimaron la frase “todos los caminos conducen a Roma”, y que se extendió como modelo para buena parte del mundo “europeizado”. Aquí no está el legado Ibérico, ni la Capilla Sixtina o el exuberante y recargado barroco, ni sus vidrios de verde botella, ni las cúpulas de sus catedrales. No está el Iluminismo ni el enciclopedismo francés, ni la “doble revolución” que marca el esplendor y decadencia de la idea de “modernidad”, que es “europea”. No está el legado de la toma de la Bastilla ni las transformaciones del paisaje industrial de Inglaterra a partir de las leyes de tierras y la máquina de vapor de James Watt. No están, ni siquiera, los razonadores germánicos que, en la filosofía, instituyeron el primado de la Razón, ni que afirmaron que todo lo real es racional, ni que la Historia es una aventura del Espíritu. No están, por lo tanto, los que identifican “Europa” con Razón, Esclarecimiento y Civilización, ni están sus críticos dialécticos, como Marx y Engels, ni sus apocalípticos como Nietzsche o Spengler, que la consideraban agotada. Tampoco están los que, en la mejor tradición de la filosofía alemana, fueron notables en construir coherentes y sistemáticos edificios conceptuales que explicaban, sin que nada se les escapara, el sentido de la modernidad entendida como aventura “europea” del pensamiento – y cuyas contradicciones, ya se ve ahora, posibilitaron la institución del pensamiento posmoderno. No.

La Europa central sobre la que aquí se reflexiona es la que se debate entre la *Großdeutschland* (“Gran Alemania”) y la *Kleindeutschland* (“Pequeña Alemania”), cuyas tensiones no resueltas produjeron una significativa cultura durante los últimos

cuatrocientos años, de esplendor y barbarie, y desencadenaron conflictos que marcaron profundamente a la alta modernidad de los siglos XIX y XX. Situada al final de ese ciclo (¿era realmente el final?), a mediados de los 80, la voz ensayística de este libro traza un recorrido por esas culturas para establecer un balance provisional. Por lo tanto, son estos territorios, responsables por cierta Europa y cierta modernidad, los que se abordan en esta obra.

Como afirma el profesor Antoni Martí Monterde en su discurso de presentación del doctorado Honoris Causa que la Universitat de Barcelona concedió a Claudio Magris en 2011:

El Danubio (1986) puede leerse como el viaje de alguien que, siguiendo este río, va descubriendo aquello que tiene que ver con él mismo cada uno de los lugares que atraviesa –toda Europa central–, percatándose de que sus orígenes son inciertos, y su destino la disolución en el mar de toda certeza sobre la propia identidad; además, en este viaje descubre que todo lo que en principio era considerado ajeno se desvela como propio, que la historia de los otros resulta que no es sino la propia historia ignorada. (MARTÍ MONTERDE, 2011, pp. 28 -29)

En este libro, es la Europa central la que absorbe la idea de Europa, y la atrae a la órbita de su proceso histórico.

5. ¿Rin o Danubio?

A pesar de que la lengua materna de Magris sea el dialecto triestino, aquí se trata del libro de un eminente y notable germanista.

Sin embargo, no es el Rin, con sus afluentes Mosela (de dulces vinos), Meno o Elba; menos aún el Óder, que recibe las aguas del Inn y que también conecta con el Danubio y, de acuerdo con Magris, es más azul que éste. (MAGRIS, 2003, pp. 113 – 114) Por el contrario, para su viaje intelectual, escoge la transversalidad del Danubio.

Si *El viaje a Italia* de Goethe es el de un alemán deseoso de atemperar su clasicismo con el espíritu del renacimiento, y el del humanista von Humboldt en culturas no europeas para confirmar el humanismo ecuménico, este libro constituye un viaje hacia “la cuestión alemana”.

Recuperando el espíritu de la oposición decimonónica entre la *Großdeutsche Lösung* y la *Kleindeutsche Lösung*, pugna de posturas para unificar, o bien todos los pueblos germánicos, o sólo los del Norte, excluyendo Austria (en sus diversas

colaboraciones a la “Nueva Gaceta Renana”, Karl Marx colocaba esta encrucijada en un ángulo distinto), Claudio Magris toma como objeto de reflexión la disyuntiva entre una Gran y una Pequeña Alemania, situándose, como germanista, del lado de la primera, la “Gran Alemania”. Por eso, elige el Danubio para navegar a través del interior de su territorio. El posicionamiento es claro:

Desde la *Canción de los Nibelungos*, Rin y Danubio se enfrentan y se desafían. El Rin es Sigfrido, la virtud y la pureza germánica, la fidelidad nibelunga, el heroísmo caballeresco y el impávido amor del hado del alma alemana. El Danubio es la Panonia, el reino de Atila, la marea oriental y asiática que al final de la *Canción de los nibelungos* trastoca el valor germánico; cuando lo vadean los burgundios, para encaminarse a la desleal corte hunica, su destino —un destino alemán— está marcado.

El Danubio está a menudo envuelto en un halo simbólico antialemán; es el río a lo largo del cual se encuentran, se cruzan y se mezclan gentes diversas, en lugar de ser, como el Rin, un místico guardián de la pureza de la estirpe. Es el río de Viena, de Bratislava, de Budapest, de Belgrado, de la Dacia, la cinta que atraviesa y ciñe, de la misma manera que el océano ceñía el mundo griego, la Austria de los Habsburgo, que el mito y la ideología han convertido en símbolo de una *koiné* plural y supranacional, el imperio cuyo soberano se dirigía «a mis pueblos» y cuyo himno era cantado en once lenguas diferentes. El Danubio es la Mitteleuropa alemana-magiar-eslava-romanza-hebraica, polémicamente contrapuesta al *Reich* germánico, una ecumene «Hinternacional», como la exaltaba en Praga Johannes Urzidil, un mundo «detrás de las naciones». (MAGRIS, 2003, p. 26)

De esta forma, *El Danubio* constituye un viaje por las culturas de la Mitteleuropa intentando ver cómo esta región aún carga con las consecuencias de la contradicción no resuelta entre los afanes de pureza de una pequeña y exclusiva Alemania, y “la ecúmene” de una gran Alemania. Optando por esta última, el escritor triestino indaga las diferencias y semejanzas de sus culturas, lo que tiene de Oriente, desde el Imperio Otomano, las fronteras con Turquía y en general el Sur, o de judía, a fin de indagar lo que aproxima y distancia a alemanes, húngaros, checos, austriacos, rumanos, búlgaros... Se trata, por lo tanto, de entender el germanismo de manera compleja, para entender sus sueños de pureza y autenticidad amenazados por el fantasma de la hibridación, de la mezcla, de la dilución, así como la forma en que históricamente se han manifestado estas contradicciones.

En ese viaje, es de fundamental interés mostrar que en el corazón de la oposición imaginada entre los ideales del Rin y del Danubio se puede pensar la historia de la

modernidad – y que también está en la idea de “Europa” como proceso cultural e histórico. Porque a partir de la reflexión organizada en este libro es posible pensar las condiciones que marcan el auge y decadencia de los Estados coloniales, el mundo administrado de la modernidad capitalista, la ascensión del nazismo, la alternativa comunista y su decadencia. Asimismo, su proceso histórico ha desencadenado la escritura de libros paradigmáticos sobre el sentido y los límites de la modernidad, como *El asalto a la razón*, de Lukács, o la *Dialéctica del Iluminismo* – a la que confiere potencial explicativo: “dialéctica de progreso y violencia que, según el famoso análisis de Adorno y Horkheimer, acosa a nuestra civilización en una espiral fatal.” (MAGRIS, 2003, p. 249) Hablando sobre esa región específica, muchas de sus ficciones, como las de Canetti o Kafka, poseen enorme potencial metafórico para pensar el Estado moderno y el mundo administrado que se ha expandido a escala planetaria. Miradas dislocadas: para los lectores que no pertenecemos a ese sistema cultural, es posible percibir que lo que ahí ocurre es decisivo para la historia del siglo XX.

Subiendo a la embarcación dirigida por Claudio Magris para fluir y hundirse en la cultura del Danubio es posible avistar, desde el comienzo de sus páginas, publicadas en 1986, los campos de concentración del nazismo (Auschwitz y Dachau), y entender la poesía de Paul Celan, marcada profundamente por esta experiencia. Aquí también están “Josef Mengele, el médico carcelero de Auschwitz, probablemente el más atroz asesino de los Lager” (MAGRIS, 2003, p. 83), Adolf Eichmann, el “tecnócrata del mal” (MAGRIS, 2003, p. 105) y Linz, la ciudad de Hitler.

La embarcación también conduce a la contradictoria Viena, cuya refinada cultura, identificada con sublimes vales, esconde una sociedad miserable e insatisfecha – contradicción que sirvió para que uno de sus más ilustres hijos, en la casa situada en Bergasse, 19, descendiera “al Caronte. En el vestíbulo se ven sombrero y bastón, como si Freud hubiera acabado de llegar... en la pequeña sala de espera quedan unos cuantos libros de la verdadera biblioteca de Freud: Heine, Schiller, Ibsen, los clásicos que le enseñaban la discreción, el rigor y la *humanitas* indispensables para descender a los infiernos.” (MAGRIS, 2003, p. 189)

Hundiéndose en otro corte transversal por el río, en otro momento del pasado, es posible avistar los secretos de alcoba que condujeron a la “tragedia de Mayerling, la misteriosa muerte de Rodolfo de Habsburgo y de María Vetsera en el pabellón de caza el 30 de enero de 1889” (MAGRIS, 2003, p. 158), o el aún más dramático y decisivo

asesinato del archiduque Francisco Fernando, que desencadenaría no solo el fin del imperio austrohúngaro y con él el de dos Estados coloniales, sino también el del comienzo de la Primera Guerra Mundial. Apocalíptico, el ensayista sentencia: “La herida de aquel 28 de junio de 1914 sigue abierta, para toda Europa. Es posible que la cierre desastrosamente una tercera y definitiva catástrofe, porque dos guerras mundiales no han restaurado de modo estable el equilibrio roto en Sarajevo.” (MAGRIS, 2003, p. 168) Diagnóstico que se confirmó, prenunciando la terriblemente cruenta guerra de Bosnia entre 1992 y 1995.

Ahí también está el Café Central que frecuentaba un tal “Bronstein alias Trotski, tan a menudo que un ministro austríaco, informado por los servicios secretos de los preparativos revolucionarios en Rusia, había contestado, según la famosa anécdota: «¿Y quién va a hacer esa revolución en Rusia? ¿No será ese tal señor Bronstein, que se pasa el día entero en el Café Central?»” (MAGRIS, 2003, p. 155)

En la ciudad imperial, visita la casa en que Franz Kafka murió, en la KIERLING, HAUPTSTRASSE, 187. Valiéndose del recurso kafkiano de narrar lo atroz con una voz impasible, casi de notario, para retirar cualquier rasgo de dramatismo, Magris anota “En una sala de estas habitaciones, el 3 de junio de 1924, murió Kafka. La casita de dos pisos, que hoy alberga viviendas modestas, era el sanatorio del doctor Hoffman en este pequeño pueblo cerca de Klosterneuburg, en el que Kafka confiaba en curarse y donde pasó sus últimas semanas. En el suelo de la entrada, una inscripción dice «Salve». La habitación de Kafka daba al jardín, probablemente en el segundo piso” (MAGRIS, 2003, p. 149)

Dejándose llevar por el fluir de las aguas, también está la Praga del 68 así como el espíritu “post-utopías” que se estaba apoderando del pensamiento en los 80. Sobre él, Claudio Magris escribe:

Como ha dicho Augusto del Noce, *El asalto a la razón* está sostenido por el secreto temor de que Nietzsche pueda prevalecer sobre Marx. En las sociedades occidentales ha ocurrido y está ocurriendo precisamente eso: el juego de las interpretaciones, la voluntad de poder hundida en el automatismo de los procesos sociales, la capilar, tentacular y difusa organización de las necesidades, un indiferenciado flujo libidinal colectivo parecen haber suplantado al pensamiento que descubre las leyes de lo real para cambiarlas y cita a juicio al mundo para cambiarlo. La cultura-espectáculo parece haber derrotado la idea de revolución. (MAGRIS, 2003, p. 174)

Contrario al anticomunismo de ocasión que amenazaba convertirse en *Zeitgeist*, el viaje recupera diferentes temporalidades para hacer emerger en toda su complejidad los procesos históricos que sólo así pueden comprenderse. Ante un conjunto habitacional del que esos años de deshielo realzaban toda su grisura, el autor levanta su bandera ética:

El famoso e inmenso conjunto de viviendas obreras construidas por la «Viena roja», el municipio socialista, después de la Primera Guerra Mundial, nació de la voluntad de reformar, de una confianza en el progreso, del intento de construir una sociedad diferente, abierta a nuevas clases y destinada a ser guiada por estas. Hoy resulta fácil sonreír ante esta uniforme grisura cuartelera. Pero los patios y los parterres poseen cierta melancólica alegría, hablan de los juegos de los niños que, antes de estas casas, habitaban en tugurios o en ratoneras sin nombre y del orgullo de las familias que en estas casas, por primera vez, tuvieron la posibilidad de vivir con dignidad, como personas. (MAGRIS, 2003, pp. 182 – 183)

De esta forma, a pesar de la *longue durée* que anima la reflexión, el ensayo de Magris coincide en focalizar *El breve siglo XX* de Hobsbawm, que, derrotando la idea de números redondos, comienza con las consecuencias del asesinato del archiduque Francisco Fernando y culmina a las puertas de la Caída del Muro de Berlín. Como si bajo la superficie de las aguas del Danubio hubiera un iceberg, la historia profunda sale a flote, dotando de nítidos contornos los rostros que el viento, en la superficie, altera y desdibuja.

6. Un humanista ante las puertas del Muro de Berlín

En “Ante la Ley” (cuento escrito en llave alegórica en la medida en que la modernidad había erosionado la capacidad expresiva del lenguaje – como ya lo constataban en diferentes registros Kraus, Benjamin, Adorno, Wittgenstein y otros notables pensadores de la cultura alemana), un campesino, por voluntad propia, va ante las puertas de la Ley. Se trata de unas puertas enormes y, como descubre por el guardián, intransponibles. Sin atreverse a cruzarlas, pero sin retirarse, permanece ahí, esperando que se abran para él, hasta el final de sus días. Sólo en el último suspiro descubre que la entrada siempre le estuvo franqueada, pues habían sido hechas expresamente para él. (KAFKA, 2003, pp. 125 – 126) Como toda alegoría, este relato se mantiene en el territorio de lo indiscernible. Pero lo que postula es ineludible.

El Danubio evidencia la época histórica en que fue pensado y escrito. Leyendo los signos de la caída del Muro de Berlín y de la URSS, y a pesar de ser crítico de lo que se denominaba “socialismo real” (particularmente opresivo en los países del Este, que bañan las aguas del Danubio), critica a los apresurados heraldos del triunfo del capitalismo (cautela acertada, sobre todo teniendo en cuenta la crisis actual por la que ese sistema pasa). En la voz narrativa que conduce la reflexión, se percibe cierto distanciamiento crítico para no dejarse confundir por el brillo y las ondas que reverberan en la superficie de las aguas y los fenómenos.

En este ensayo de evaluación, aprecia la diversidad que observa a lo largo de su viaje, revaloriza las culturas “menores”, cuestiona las interpretaciones inmediatistas y descreo de las monumentalizadoras, propias de reflujos nacionalistas (en el personaje “Kitanka”, la joven que los guía por territorios búlgaros, Magris coloca a una joven de extraordinaria vitalidad, aunque poco crítica ante la ideología del Estado: Renan afirmaba, como lo recuerda Benedict Anderson en *Comunidades imaginadas*, que una nación está conformada por personas que comparten la memoria y el olvido). Crítico del capitalismo y del “socialismo real”, tampoco se acoge a una “tercera vía”, que en ese momento estaba en boga. Lo que se observa en esos años nebulosos es la postura de un humanista. Volviendo al conjunto habitacional de la “Viena roja”, escribe:

Este monumento de la Modernidad encarna muchas ilusiones progresistas del período entre las dos guerras, que se derrumbaron, pero pone en evidencia también la realidad de un gran progreso, que solo una atrevida ignorancia puede subvalorar. En 1934, estas casas fueron el centro de la gran insurrección proletaria de Viena, que Dollfuss, el canciller austrofascista, reprimió con sanguinaria violencia. La derecha es patriótica, pero dispara con mayor frecuencia y gusto sobre sus propios compatriotas que sobre los invasores de la patria. Hoy nos sentimos huérfanos de esa modernidad y de sus promesas; Viena, en los años del exilio entre las dos guerras, fue también el teatro del mundo sobre cuyo escenario se derrumbaron, como alegorías barrocas, muchas certidumbres ideológicas y grandes esperanzas revolucionarias. (MAGRIS, 2003, p. 183)

En *El Danubio*, Claudio Magris se coloca como un humanista ante el muro de Berlín: ese momento histórico es la esfinge a la que debe dar respuesta para no ser devorado por ella.

7. Conclusión: ¿Novela? ¿Ensayo?

Mientras viaja por el Danubio, la voz narrativa recuerda haber visto en un Museo de la Ciudad de México una tabla denominada “Las castas”, en la cual, dieciséis viñetas exponen los diferentes tipos de mestizaje que resultan de ir mezclando, en *degradé*, las razas. En una especie de *in crescendo*, en cada uno de los niveles se encuentra una raza “más degradada”, en un descenso a los niveles de la más absoluta bastardía. De esta forma, “el Mestizo, hijo del Español y de la India, el Castizo, su hijo, el Mulato al que una Española regala un adornado Morisco y así sucesivamente hasta el Chino, el Lobo, el Jíbaro hijo del Lobo y de la China, el Albarazado hijo de la Mulata y del Jíbaro y padre de un Cambujo, padre a su vez de un Zambaigo.” (MAGRIS, 2003, pp. 30 – 31) Exasperado por tan paranoico afán taxonómico, llega ante la penúltima viñeta, donde “el fruto de los amores del Tente en el aire y de la Mulata deja perplejo el talento nomenclatorio del anónimo clasificador, que, en efecto, lo define como *Noteentiendo*.” MAGRIS, 2003, p. 31)

La búsqueda por la pureza revela que, en realidad, no hay tal. Y al final de ese recuento, descubre que la tabla sirve para entender la cultura del Danubio – y de sí mismo:

Ese Danubio que es y que no es, que nace en varias partes y de varios padres, nos recuerda que cada uno de nosotros, gracias a la múltiple y oculta trama a la que debe su existencia, es un *Noteentiendo*, como los pragueños de apellido alemán o los vieneses de apellido checo. Pero esta tarde, a lo largo del río que en verano, nos dicen, a veces desaparece, el paso junto al mío es tan irrefutable como el curso de agua y en su onda, siguiendo la curva de las riberas, es posible que sepa quién soy. (MAGRIS, 2003, p. 31)

Siguiendo ese mismo principio, en la época contemporánea, la escritura, experimentando diversas posibilidades, ha dado origen a diversos tipos de textualidades. De acuerdo con el testimonio de su autor, la gestación de *El Danubio* fue incierta:

Cuando comencé a realizar los viajes por el Danubio escribía, tomaba apuntes, sin saber bien a bien qué iba a encontrar. Pude percatarme de qué clase de libro estaba elaborando cuando ya llevaba escrito la mitad de él. Cuando tuve la idea de Liubliana, la idea de seguir el recorrido del río, aún no sabía si escribiría un reportaje, que no ha sido el caso; si resultaría una novela sumergida, como ha sucedido; si ese personaje que decía “yo” realmente era yo, como cuando escribo, en primera persona, mis artículos para el *Corriere della Sera*; o bien si

era un personaje inventado que ostenta muchas cosas de mí pero que es, de cualquier manera, un personaje ficticio. Los colores fueron apareciendo cuando entendí, en un cierto momento, qué tipo de libro era el que estaba surgiendo, y fue entonces que comencé a ubicar sus diferentes planos narrativos. El esquema no aparece antes, no existe previamente, se va armando conforme avanza la narración. (MAGRIS, 2015)

“Novela sumergida” o no, a pesar de estar escrita de una forma documental, la ficcionalidad la constituye. En los años setenta, el norteamericano Hayden White afirmó en *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (1973) que la escritura de la Historia (y en realidad de toda forma discursiva que pretende ser fiel y neutral en su descripción de los hechos) está marcada por modos de discursividad que colocan en entredicho su pretensión de neutralidad.

El libro de Magris posee las cualidades que harían de él una novela. Si el género ha sido practicado con mucha libertad, esta especie de *road novel*, que va circunnavegando el Danubio, está escrita en primera persona, es el testimonio-ensayo del germanista “Claudio Magris”, que viaja en compañía de algunos amigos, que a veces aparecen, junto con otros personajes que van siendo encontrados en la ruta. Con esos elementos, es posible aproximar este género al de la novela. Por eso, en su ensayo, “Desde el otro lado. Consideraciones de frontera”, que figura en *Utopía y desencanto*, afirma:

No sólo existen las fronteras entre los estados y las naciones, establecidas por los tratados internacionales, es decir por la fuerza. También la pluma que garabatea diariamente, como dice Svevo, traza, desplaza, disuelve y reconstruye fronteras; es como la lanza de Aquiles, que hiere y sana. La literatura es por sí misma una frontera y una expedición a la búsqueda de nuevas fronteras, un desplazamiento y una definición de las mismas. Cada expresión literaria, cada forma, es un umbral, una zona en el límite de innumerables elementos, tensiones y movimientos distintos, un desplazamiento de las fronteras semánticas y de las estructuras sintácticas, un continuo desmontar y volver a montar el mundo... Todo escritor, lo sepa y lo quiera o no, es un hombre de frontera, se mueve a lo largo de ella; deshace, niega y propone valores y significados, articula y desarticula el sentido del mundo con un movimiento sin tregua que es un continuo deslizamiento de fronteras. (MAGRIS, 2001, pp. 67 - 68)

Pero la multiplicidad de formas hace que esta “novela sumergida” sea también un libro de viajes, un testimonio, y un ensayo.

Es decir, que la subjetividad que sale es la de un lector, alguien que de entrada admite que su punto de vista se encuentra atravesado por miradas anteriores a la suya, de manera que ya es complejo afirmar que su mirada le pertenezca.

Hablando de *El alma y las formas*, de Georg Lukács, Magris afirma:

el ensayismo es la peripecia, desgarradora y al mismo tiempo irónica, de la inteligencia que advierte la inautenticidad de la inmediatez y la distancia entre la vida y su significado y sin embargo apunta, aunque sea de forma oblicua, a esa trascendencia del significado que resulta inalcanzable en la realidad, pero que brilla en la conciencia de su ausencia y en su nostalgia. (MAGRIS, 2003, p. 242)

Es decir, que el “yo” que aquí se pone, antes que enfrentarse desnudo ante los objetos por primera vez, lo hace cargado de discursos. Colocado ante lo que “no ha visto”, pero se le ha presentado previamente a través de diversas formas del lenguaje (ensayo, historia, literatura, películas, pintura, música, debates), el “yo” accede a una forma de la experiencia más compleja. En ese sentido, el punto de vista que conduce el texto se encuentra en la encrucijada, no exenta de choques, de lo que se ha experimentado previamente y del contacto directo en el viaje.

Siguiendo un camino distinto a la tradición alemana de la filosofía sistemática, la forma aforística y ensayística que viene de Lichtenberg, Schopenhauer y Nietzsche, y desemboca en Lukács, Benjamin y Adorno pone el acento en lo particular, en lo fragmentario, y acepta el desafío de ser una aventura de la inteligencia

Contrario al “yo” que, enamorado de su propia identidad y rechazando lo Otro, sucumbe ante su propio reflejo en las cálidas aguas transparentes, el “yo” que nos conduce por *El Danubio* acepta hundirse en la multiplicidad y turbulencia de las aguas barrosas de la historia que no conocemos, pero que nos constituye, y escuchando las voces ajenas, busca su rostro bajo el cambiante movimiento de las aguas.

REFERENCIAS

- BACON, Francis. “De los viajes.” In: *Ensayistas Ingleses*. Adolfo Bioy Casares [comp.] Buenos Aires: Jackson, 1950, pp. 9- 11.
- BAUMAN, Zygmunt. *Modernidad Líquida*. Trad. Mirta Rosenberg en colaboración con Jaime Arrambide Squirru. 3ª reimpresión. Buenos Aires: F.C.E., 2004.
- BRAUDEL, Fernand. “Mares y tiempos de la historia.” Entrevistado por J. J. Brochier y F. Ewald. México: Vuelta, núm. 103, 1985. Disponible en

<https://www.letraslibres.com/vuelta/fernand-braudel-entrevista>. Última consulta: 30 de noviembre de 2019.

CHARTIER, Roger. *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*. Trad. Marcela Cinta. 1ª ed. México: Universidad Iberoamericana, 2005.

“Claudio Magris. Entre el Danubio y el mar. Itinerario de un escritor”. Taro de Tahíche, España: Fundación César Manrique, 2010. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=8oyxgbuLCK4>. Última consulta: 30 de noviembre de 2019.

COLOMBI, Beatriz. *Viajes y desplazamientos en el fin de siglo*. (Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título en Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Letras. Orientación; ZANETTI, Susana). Buenos Aires: U.B.A., 2002.

GAMBOA OJEDA, Leticia. “Fernand Braudel y los tiempos de la historia”. In: “Sotavento”, verano de 1997, v. 1, no. 2, p. 33-45. México: Universidad Veracruzana. Disponible en: <https://cdigital.uv.mx/handle/123456789/8744>. Última consulta: 30 de noviembre de 2019.

GOETHE, Johann Wolfgang von. *Viaje a Italia*. Trad. Fanny Garrido de Rodríguez Mourelo. Barcelona: Ediciones B, 2001.

KAFKA, Franz. “Ante la Ley.” In: KAFKA, Franz. *Cuentos completos*. Traducción y prólogo de José Rafael Hernández Arias. Madrid, Ediciones Valdemar, 2003, pp. 125 – 126.

KRAUS, Karl. *Antología de aforismos*. Trad. Guillermo Fernández. México: Revista de la Universidad de México, 2010. Disponible en: http://www.revistadeluniversidad.unam.mx/ojs_rum/index.php/rum/article/view/1914/0. Última consulta: 30 de noviembre de 2019.

LUKÁCS, Georg. “Sobre la esencia y forma del ensayo. (Carta a Leo Popper)” In LUKÁCS, Georg, *El alma y las formas; Teoría de la novela*. Trad. Manuel Sacristán. México: Grijalbo, 1985, pp. 13 – 39.

MAGRIS, Claudio. *El Danubio*. Trad. Joaquín Jordá. 5ª ed. Barcelona: Anagrama, 2003. (Compactos, 149)

_____. “La memoria es la salvación de la vida.” Entrevista realizada por Alejandro García Abreu. In: México: Nexos, 1 de diciembre de 2015. Disponible en <https://www.nexos.com.mx/?p=26952>. Última consulta: 30 de noviembre de 2019.

_____. *Utopía y desencanto. Historias, esperanzas e ilusiones de la modernidad*. Trad. J. A. González Sáinz. 1ª ed. Barcelona, Anagrama, 2001.

MANRIQUE, Jorge. *Poesías*. Edición, prólogo y notas de Jesús-Manuel Alda Tesán. Madrid: Cátedra, 2004. (Letras Hispánicas)

MARTI MONTERDE, Antoni. “Discurso de presentación del Doctor Honoris Causa a Claudio Magris”. Barcelona: Universitat de Barcelona, 2011, pp. 27 – 37.

MARX, Karl; ENGELS, Friedrich. *Manifiesto comunista*. Tradução de Álvaro Pina. Organização e introdução de Osvaldo Coggiola. 4ª reimpressão. São Paulo: Boitempo, 2005.

MONTAIGNE, Michel de. *Ensayos escogidos*. Traducción de Constantino Román y Salmero. Prólogo de Juan José Arreola. Epílogo "Por el país de Montaigne", de Adolfo Castañón. México: U.N.A.M., 1997.

MONTERROSO, Augusto. *Lo demás es silencio*. México: Joaquín Mortiz, 1978.